

Alégrate, el Señor está contigo!

Mensaje Espiritual



Lunes, 22 de abril de 2024

Cuarta Semana de Pascua

Feria – Blanco

Hechos 11, 1-18 / Juan 10, 1-10

Salmo responsorial Sal 41, 2-3; 42, 3-4

R/. “¡Mi alma tiene sed de ti, Dios viviente!”

Santoral:

Santa María Egipciaca y Santa Oportuna

La vida no está fácil

Acostumbrados a vivir en el Olimpo del bienestar máximo, nos cuesta hacernos idea de esta situación de caos, desconcierto o de crisis que estamos padeciendo en nuestro entorno más inmediato.

“Sin mí nada podéis hacer”.

Qué bien nos vienen estas palabras del Señor. Nos hemos dejado seducir por la palabrería barata, y hemos dejado a un lado la eterna.

“Sin mí nada podéis hacer”.

Vamos buscando otros dioses e ídolos, y hemos mandado a la luna al que es Dueño y Creador de todo lo que somos y tenemos

“Sin mí nada podéis hacer”.

Y, en vez de mirar al corazón de las personas, a sus necesidades más elementales.... hemos levantado rascacielos de materiales y de dinero, de felicidades falsas y de seguridades que han muerto o se han adelgazado a la vuelta de la esquina.

“Sin mí nada podéis hacer”.

Y, ahora, cuando en el horizonte se han apagado las estrellas que alumbraban con luz artificial,

vemos que no podemos perder la esperanza.
Una esperanza que es real cuando se coloca
donde hay que colocarla: en DIOS

P. Javier Leoz

Adoración **Perpetua Online**

Liturgia - Lecturas del día



Lunes, 22 de abril de 2024

CUARTA SEMANA DE PASCUA

*También a los paganos ha concedido Dios el don
de la conversión que conduce a la vida*

Lectura de los Hechos de los Apóstoles

11, 1-18

Los Apóstoles y los hermanos de Judea se enteraron de que también los paganos habían recibido la Palabra de Dios. y cuando Pedro regresó a Jerusalén, los creyentes de origen judío lo interpellaron, diciéndole: «¿Cómo entraste en la casa de gente no judía y comiste con ellos?»

Pedro comenzó a contarles detalladamente lo que había sucedido: «Yo estaba orando en la ciudad de Jope, cuando caí en éxtasis y tuve una visión. Vi que bajaba del cielo algo parecido a un gran mantel, sostenido de sus cuatro puntas, que vino hasta mí. Lo miré atentamente y vi que había en él cuadrúpedos, animales salvajes, reptiles y aves.

Y oí una voz que me dijo: "Vamos, Pedro, mata y come". "De ninguna manera, Señor, respondí, yo nunca he comido nada manchado ni impuro". Por segunda vez, oí la voz del cielo que me dijo: "No consideres manchado lo que Dios purificó". Esto se repitió tres veces, y luego, todo fue llevado otra vez al cielo.

En ese momento, se presentaron en la casa donde estábamos tres hombres que habían sido enviados desde Cesarea para buscarme. El Espíritu Santo me ordenó que fuera con ellos sin dudar. Me acompañaron también los seis hermanos aquí presentes y llegamos a la casa de aquel hombre. Éste nos contó en qué forma se le había

aparecido un ángel, diciéndole: "Envía a alguien a Jope, a buscar a Simón, llamado Pedro. Él te anunciará un mensaje de salvación para ti y para toda tu familia".

Apenas comencé a hablar, el Espíritu Santo descendió sobre ellos, como lo hizo al principio sobre nosotros. Me acordé entonces de la Palabra del Señor: "Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo". Por lo tanto, si Dios les dio a ellos la misma gracia que a nosotros, por haber creído en el Señor Jesucristo, ¿cómo podía yo oponerme a Dios?»

Después de escuchar estas palabras, se tranquilizaron y alabaron a Dios, diciendo: «También a los paganos ha concedido Dios el don de la conversión que conduce a la Vida».

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

41, 2-3; 42, 3-4

R. *¡Mi alma tiene sed de ti, Dios viviente!*

Como la cierva sedienta busca las corrientes de agua,
así mi alma suspira por ti, mi Dios.

Mi alma tiene sed de Dios, del Dios viviente:

¿Cuándo iré a contemplar el rostro de Dios? **R.**

Envíame tu luz y tu verdad:

que ellas me encaminen'

y me guíen a tu santa Montaña,

hasta el lugar donde habitas. **R.**

Y llegaré al altar de Dios,

el Dios que es la alegría de mi vida;

y te daré gracias con la cítara,

Señor, Dios mío. **R.**

EVANGELIO

Yo soy la puerta de las ovejas

**✠ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo
según san Juan**

10, 1-10

Jesús dijo a los fariseos:

«Les aseguro que el que no entra por la puerta en el corral de las ovejas, sino trepando por otro lado, es un ladrón y un asaltante. El que entra por la puerta es el pastor de las ovejas. El guardián le abre y las ovejas escuchan su voz. Él llama a las suyas por su nombre y las hace salir. Cuando ha sacado todas las suyas, va delante

de ellas y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz. Nunca seguirán a un extraño, sino que huirán de él, porque no conocen su voz».

Jesús les hizo esta comparación, pero ellos no comprendieron lo que les quería decir.

Entonces Jesús prosiguió:

«Les aseguro
que Yo soy la puerta de las ovejas.
Todos aquellos que han venido antes de mí
son ladrones y asaltantes,
pero las ovejas no los han escuchado.
Yo soy la puerta.
El que entra por mí se salvará;
podrá entrar y salir,
y encontrará su alimento.
El ladrón no viene
sino para robar, matar y destruir.
Pero Yo he venido
para que las ovejas tengan Vida,
y la tengan en abundancia».

Palabra del Señor.

Reflexión

Hechos 11, 1-18: Lucas da mucha importancia al episodio de Cornelio en su libro de los Hechos: le dedica los capítulos 10 y 11 enteros. Hoy leemos el 11, en que Pedro, al dar cuentas a la comunidad de Jerusalén, repite todo el episodio.

Se trataba de un asunto de capital importancia para aquella comunidad: admitir o no a los paganos a la fe, y con qué condiciones (por ejemplo, ¿siguen vigentes las prescripciones judías respecto a la comida?). La conversión de Cornelio y su familia a la fe cristiana es el prototipo para otros casos, como lo había sido en un tono menor el episodio del Eunuco con el diácono Felipe.

Es claro el proceso de cambio que se da en Pedro: por su formación judía, no podía admitir tan fácilmente la apertura universal de la Iglesia, simbolizada en la visión del lienzo y los alimentos que no se podían comer: «ni pensarlo, Señor: jamás ha entrado en mi boca nada profano o impuro». Recordamos la negativa de Pedro a que Jesús le lavara los pies: «no me lavarás los pies jamás». Ahora llega el cambio. El argumento que a él le convence -y luego también a la comunidad- es que Dios ha tomado la iniciativa: «lo que Dios ha declarado puro, no lo llames tú profano» (referente a las comidas); «si Dios les ha dado a ellos el mismo don que a nosotros, ¿quién era yo para oponerme a Dios?» (esta vez referido a la admisión de los paganos). El Espíritu va guiando a Pedro hacia la universalidad de la fe cristiana: ya que los apóstoles no se decidían, fue el mismo Espíritu el que bautizó a la familia de Cornelio, con el «nuevo Pentecostés», que ahora sucede en casa de un pagano.

Otro dato admirable: Pedro, máxima autoridad, acepta la interpelación crítica de algunos de la comunidad, que le tachan de precipitado en su decisión. Da las explicaciones oportunas. Y la comunidad las acepta, reconociendo que «también a los gentiles les ha otorgado la conversión que lleva a la vida». El diálogo sincero resuelve un momento de tensión que podría haber sido más grave.

b) La lección de apertura de la comunidad apostólica, superando las dificultades que surgían por su formación anterior, es siempre actual para la Iglesia. Entonces se trataba de no establecer diferencias entre judíos y paganos, a la hora de recibir la salvación de Cristo. Ahora pueden ser otros los ambientes más actuales de cerrazón y discriminación por nuestra parte.

¿Somos dóciles a los signos con los que el Espíritu nos quiere conducir también a nosotros a fronteras siempre más de acuerdo con el plan misionero y universal de Dios? Ciertamente estos últimos años se están dando evoluciones positivas de apertura más sincera a los laicos, al puesto de la mujer en la Iglesia, a las culturas y lenguas de los varios países (¿cuántos siglos hemos impuesto la aduana del latín a pueblos que no lo entendían?), a la inculturación teológica y litúrgica, etc. Pero ¿es suficiente esta voluntad de cambio y de liberación? ¿o todavía somos víctimas de las ataduras que podamos tener, por formación o pereza mental? ¿o seguimos teniendo discriminaciones contrarias al amor universal de Dios y a la voluntad ecuménica de su Espíritu?

Esto puede pasar en el nivel eclesial, y también en el más cercano y doméstico, en nuestras relaciones con las demás personas. ¿Cómo resolvemos las tensiones inevitables que se crean en una comunidad, ante situaciones nuevas y pareceres diferentes? ¿sabemos dialogar? ¿estamos dispuestos a ver con honradez la parte de razón de los demás? ¿nos buscamos a nosotros mismos o la voluntad de Dios y el bien de la comunidad?

Juan 10, 1-10: La liturgia nos presenta a Cristo resucitado como el Buen pastor que conoce a sus ovejas y que les da la vida eterna. Esta imagen de Dios como pastor aparece en numerosas ocasiones a lo largo del Antiguo Testamento, nosotros, los cristianos, vemos en Cristo a ese Buen Pastor que es capaz de dar la vida por sus ovejas.

1. **Cristo es el Buen Pastor que conoce a sus ovejas.** Es propio del pastor bueno conocer a sus ovejas. Esta figura la utiliza el mismo Jesús en el Evangelio de hoy para referirse al amor que Dios nos tiene: el amor de un pastor que conoce de verdad a sus ovejas. Dios nos ama así: “Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco y ellas me siguen”. Dios es un Buen Pastor que nos conoce en profundidad. No nos conoce superficialmente, sólo de nombre o de vista, de vernos algunas veces por la Iglesia y ya está. Dios nos conoce hasta lo más profundo de nuestro ser. Nos conoce incluso mejor que nosotros mismos. Por eso Él sabe mejor que nosotros mismos lo que necesitamos y lo que nos conviene. Y así, Él nos puede guiar hacia los buenos pastos que necesitamos. No somos para Dios simplemente uno más de un rebaño inmenso. Cada uno de nosotros somos sus ovejas preferidas. Nos ama con un amor personal. Nos conoce tanto que sabe incluso de nuestros pecados y de nuestras miserias, por más que queramos ocultarlas ante Él.

2. **Cristo es el Buen Pastor que da la vida eterna.** Pero nuestros pecados no nos apartan de ese amor de Dios, sino que es tan grande el amor que nos tiene que a

pesar de nuestras faltas y miserias Él sigue amándonos cada día más. Tan grande es el amor de Dios para con nosotros que, además de ser pastor, es también para nosotros alimento y comida que nos libra de nuestros pecados. Así, Cristo es en verdad el Buen Pastor que da la vida por nosotros que somos sus ovejas, para rescatarnos y llevarnos a los buenos pastos del cielo. Él, al dar su vida en la cruz, nos ha dado a nosotros la vida eterna, la vida de la felicidad del cielo, donde no pasaremos ni hambre ni sed, ni nos hará daño el sol ni el bochorno, como dice la segunda lectura del libro del Apocalipsis. Esta lectura nos presenta a Cristo como el Cordero, en cuya sangre se lavan y blanquean las vestiduras de los cristianos. Un Cordero que es también pastor y que nos conduce hacia las fuentes de agua viva. No encontraremos mejor pastor que Aquél que da la vida por las ovejas, ofreciéndoles así la vida feliz del cielo.

3. Cristo es el Buen Pastor que nos llama. En este domingo del Buen Pastor celebramos la Jornada mundial de oración por las vocaciones. Siempre pensamos que esto de la vocación es algo de curas y monjas, y nada de eso. La vocación es algo propio de todos y cada uno de nosotros. El mismo Jesús, en el Evangelio de hoy, nos ha dicho que nosotros somos sus ovejas que escuchamos su voz y que le seguimos. Dios cuenta con nosotros, nos llama, y espera que le sigamos. Como un pastor bueno, Cristo nos guía y nos conduce hasta los mejores pastos. Él quiere la felicidad para cada uno de nosotros. Por eso nos llama. Esa llamada, que es la vocación, es personal, para cada uno. Es hermoso caer en la cuenta de que Dios piensa en mí, y porque quiere que yo sea feliz, me llama. Así es nuestro Dios. Sólo tenemos que abrir bien nuestros oídos, ponernos a la escucha, y tener la valentía de seguir aquello que Dios quiere de nosotros. Seguro que Él llama a muchos para que le sigan de forma especial, siendo por ejemplo curas, monjas o frailes. Pero no sólo para eso llama el Señor. También llama al matrimonio, a la maternidad o paternidad, a una profesión, a un servicio a los demás. Esta es la vocación de cada uno de nosotros. Hoy oramos de forma especial por las vocaciones, pidiéndole a Dios que aquellos a quienes llama para la vida religiosa o sacerdotal escuchen con atención su llamada y sean valientes para responder. Pero también oramos para que cada uno de nosotros sepamos descubrir qué quiere Dios de nosotros. Sigamos al Buen Pastor. Merece la pena seguir a Aquél que ha dado su vida por nosotros y nos ofrece la verdadera felicidad.

Hoy, que todos buscamos seguir a alguien en nuestra vida, encontramos a Aquél a quien merece la pena seguir: Jesucristo, el único que puede prometernos y puede darnos una vida plena y dichosa, no sólo aquí en la tierra. Sigámosle a Él, que es el Buen Pastor, el que da la vida por sus ovejas. Él cuenta con nosotros, nos llama y nos da la felicidad.

Francisco Javier Colomina Campos